



# De aquí para allá

Andrés Rojo

Edición especial para:

**SITIOCERO**



De aquí para allá por Fundación de la Comunicología  
se encuentra bajo una Licencia Creative Commons  
Atribución-NoComercial-SinDerivadas 3.0 Unported.

Permisos que vayan más allá de lo cubierto por esta licencia pueden encontrarse en  
[www.fundacioncomunicologia.org](http://www.fundacioncomunicologia.org).



*Para mí la escritura es la suprema forma de comunicación y de expresión.  
Por eso la uso tanto para comentar lo que veo en mi país,  
lo que me preocupa, lo que puedo sugerir; así como para contar  
pequeñas historias que cumplen más o menos la misma  
función pero de una manera más emocional.*

*La realidad está allá fuera, pero también está dentro.  
Se conectan los dos ámbitos y se pasan información que, muchas veces,  
no resulta comprensible con facilidad.  
Exponer las ideas y los sentimientos sobre el teclado ayuda  
a ver las cosas con más claridad, y si sirve para que otros se conecten con  
su propia información y saquen algo en limpio, mucho mejor.*

*Estos textos son representativos de ese esfuerzo y espero  
que a alguien le ayude, además de sentir el placer de la lectura.  
Cualquier cosa que resulte, se agradece.  
Deliberadamente dejo algunas ideas incompletas.  
Lo hago así para que el lector las complete.  
Eso es. Muchos saludos.*

**SITIOCERO**

El espacio de una comunidad que conversa sobre y desde la comunicación. Comunicándonos construimos el mundo, somos lo que comunicamos.

[www.sitiocero.com](http://www.sitiocero.com)



# Cuento

## Siete

Éramos siete. Siete para arriba, siete para abajo. La gente decía que era un número de amigos poco usual, que generalmente los amigos son dos o tres, o cuatro, pero nunca siete, pero nosotros éramos siete. Pedro, Juan, Jorge, Gonzalo, Carlos, el Pelado y yo. Siete. Ni uno más ni uno menos. Siempre juntos.

Nos conocimos a los siete años. Las amistades a esa edad pueden durar, y la nuestra fue una de esas. Hicimos todo juntos: Cumpleaños, amores, estudios, trabajos.



Hace diez años murió Gonzalo. Era inevitable. Un cáncer. Un desgraciado cáncer, pero seguimos seis; y poco después murió Juan. Un accidente tonto, como son todos los accidentes. No había nada que hacer: El camión, el bus, y al medio el auto de Juan.

El tiempo siguió pensando, y éramos cinco amigos, aunque en el fondo sabíamos que éramos siete y al momento de servir los vasos dejábamos dos llenos para Juan y Gonzalo.

Pedro y Carlos decidieron un buen día que el país era una mierda y no aceptaba nuevas ideas y quisieron irse a Europa. Buena suerte, les deseamos en el aeropuerto, pero el avión nunca llegó.

La vida siguió como puede seguir una vida desgarrada, hasta que un mal día el Pelado descubrió que su hijo no era suyo. Se parecía al tío Jorge, le decían, al que había sido incluso el padrino del niño, y ahora yo me cuido hasta de mi propia sombra para ser el último, el que contará la historia de los siete amigos. Me dicen que el Pelado desde la cárcel me manda recados para advertirme que será él quien cuente el cuento, pero no acepta que lo vaya a visitar.

## Invitación

7 de octubre.

Ni sé cuántos años han pasado ya. Es así de lejana la última vez que fui a visitar la tumba de mi madre, a pesar de que no la olvido y todavía la recuerdo sentada sobre su cama tejiendo a la sombra del sol, o con sus manos ancladas en un viejo libro de oraciones al momento de buscar el sueño y el descanso del sufrimiento jamás confesado, como tratando de mantenerse en este mundo o, por lo menos, asegurar las bendiciones para sus cinco hijos.

No lo tenía previsto. Estaba en la ciudad por otros asuntos y se dio la casualidad que un amigo que no conocía más que por Facebook despedía ese día a su madre en el mismo cementerio en el que estaba la mía, y estando cerca y desocupado,



# Cuento



no podía dejar de ir. No siempre estoy en Santiago cuando se necesita, así que era justo que retribuyera el gesto de todos los que me acompañaron en el momento de la muerte de mi madre.

Pensando en esas imágenes del cariño que se regala cuando se requiere, sin que haya que pedirlo, me preocupé de llegar temprano, quizás demasiado, con el solo propósito de aprovechar de mostrarle a mi madre en quién me había convertido con el paso de los años y, como siempre, pedir su presencia consoladora en momentos de dificultad. Quizás una de las peores situaciones de ser adulto es que no se tiene la posibilidad de llorar y dejarse consolar, sin preocuparse por el día de mañana.

Naturalmente, había ya olvidado dónde estaban sus restos. Recordaba que estaba cerca de unas torres de metal que soportaban el tendido de cables eléctricos de alta tensión que no habían sido motivo de protesta de ningún residente. El cementerio es como un gran parque, con muchos árboles y senderos rodeando las parcelas de césped en la que, como pidiendo perdón para no molestar, se ubican las placas con los nombres de los difuntos en rigurosas filas y columnas que se distribuyen en todos los espacios.

Los cables se veían desde todos los puntos del cementerio, de modo que supuse que era cosa de buscar, leyendo los nombres en cada lápida. Di una vuelta entre las placas en el suelo, pero en ninguna estaba el nombre de quien me dio la vida. Supuse que podría haber un cierto orden por las fechas de deceso, pero salvo ver la corta vida de unos y la larga de otros, no encontré nada cerca de 1982 pero sí muchos recuerdos: Yo en mi primer día de clases, yo tomándome la leche para la familia cuando la acompañaba a la lechería, yo con la mayor paciencia posible acompañándola a podar las plantas.

Avergonzado, tuve que pedir ayuda reconociendo que no sólo era huérfano de madre, sino que además era un hijo tan ingrato que la había perdido. Afortunadamente, me dieron las referencias para llegar hasta su tumba sin hacer mayores preguntas que evidenciaran mi vergüenza y pude así culminar mi búsqueda con un ingenioso sistema de números tallados discretamente en cada placa. En el momento de llegar al frente de su tumba me di cuenta de inmediato de mi error: No estaba en condiciones de enfrentarme a quien no se puede mentir.

Quince, veinte años tal vez, y no hay nada que decir. Una familia que debió permanecer unida pero se fue distanciando, siempre con alguna buena excusa pero excusa al fin, como es comprensible en quienes han crecido y viven cada uno sus propias vidas con sus propias familias. ¿Qué decir de mi futuro esplendor que nunca cuajó? Tomé decisiones equivocadas y debí reconocer que fue peor aún que tratara de corregirlas cometiendo nuevos errores. Es posible que el aprendizaje sea lento, pero seguía necesitando el abrazo protector y sintiéndome de nuevo como un niño que se ha raspado una rodilla pero con un dolor que esta



# Cuento

vez se extendía por el alma y que, ya sabía porque algo se va aprendiendo, no se pasaría con un dulce o un poco de cariño.

Era una respuesta dura, y más aún cuando no hay ninguna pregunta haciéndose porque frente a mí había sólo una lápida con un nombre. Pero era necesario darla antes de que los ojos se siguieran humedeciendo.

Era aún temprano y no podía seguir ahí, de pie, llorando. Volví hacia la capilla en la que se haría el funeral de la madre de mi amigo una hora después y me senté en un banco de madera a la sombra porque al mediodía el sol ya comenzaba a mojar mi espalda y mi nuca.

Ahí me quedé, pasando la pena, una tristeza que no era por los idos sino por quienes nos quedamos. La calma volvió después de un rato largo y empecé a escuchar los pájaros que pululaban por un cementerio que parece parque y que, para las aves, es un refugio natural del ruido y del polvo de la ciudad.

Pensé que era el mejor lugar para descansar. Paz absoluta, un hermoso paisaje y el silencio sólo interrumpido muy a lo lejos por algún bocinazo que, de todos modos, no alcanzaba a interrumpir la armonía del jardín que bien podía pasar por el edén original.

Todo el ambiente era una invitación a quedarse a vivir ahí el resto de la vida, junto a los muertos, quizás más cerca del destino propio pero sin la carga de largos años de penurias matizados, a jalones medio deshilachados por momentos de alegría. Era cosa, simplemente, de estirarse sobre el prado, dejarse mojar por el riego diario y, de a poco, ir convirtiéndose en un rincón más de ese oasis de alivio.

Era fácil, y muy tentador, pero los pájaros se callaron, como evitando cualquier posibilidad de suponer que su canto era una invitación.

El silencio se mantuvo hasta que llegó una pequeña caravana de automóviles siguiendo el ataúd. Saludos, consuelos, condolencias, abrazos y apretones de mano: ¿Cómo se puede explicar a alguien que sí se conoce el dolor que siente? Los recuerdos otra vez: Una amiga dándome el pésame por la muerte de mi madre, diciéndome que no sabía cuánto lo sentía y yo respondiéndole que sí lo sabía, lo que la ofendió por razones que aún no termino de entender 27 años después.

Mi amigo, sus hijos y algunos otros amigos que no conocía, los saludos de rigor y la sensación de que haber llegado antes que cualquiera otro tenía un ligero tinte de absurdo, sobre todo si no conocía a la madre fallecida, pero quería devolver el favor que me habían hecho antes decenas de personas. Cuando un padre se va, el agujero en el alma es mucho más grande que la partida de cualquier otra persona, salvo, y espero no saberlo, que la de un hijo. Era necesario estar, pero sentí la necesidad de volver a estar solo por un momento, antes de que se



# Cuento

iniciarán los ritos del funeral, de modo que partí por un sendero hacia cualquier lado.

No alcancé a caminar más de unos diez pasos cuando escuché tras mí una voz de una mujer joven: ¿Te vas?, me preguntó la hija de mi amigo.

No -respondí-, me quedo.

## Alicita Pelos Largos



En un castillo grande y brillante como el sol, vivía una princesita muy querendona de su padre, y ama y señora del palacio a falta de una reina que reinara porque su madre se había ido a visitar a unos parientes a otro reino muy muy muy lejano y no se sabía cuándo regresaría. Ahí, en donde el amor del rey por la niña significaba que toda la corte debía acatar sus deseos, la niña era la verdadera soberana entre los cortesanos. Se llamaba Alicia, tenía 7 años pero era conocida por todos como la princesa Alicita Pelos Largos, porque desde su nacimiento que su cabello no había sido cortado y ya llevaba una melena que le llegaba más debajo de la cintura.

Había dos hermanos también, uno mayor y otro menor, pero ellos andaban en sus cosas y a veces Alicia se podía pasar un día entero sin verlos. El mayor se dedicaba a pasear con sus amigos y a conocer doncellas, y el menor sólo se preocupaba de perseguir una pelota para jugar. Lo más seguro era buscarlos en el comedor a la hora del desayuno, del almuerzo o de la cena, pero dejémoslos por ahora porque esta historia se trata de la niña.

Solo para atender su peinado, el rey había dispuesto el servicio de cinco damas de la corte. Una estaba a cargo de pasar el peine por los mechones del lado derecho, otra los del izquierdo, dos más encargadas de sostener en el aire los cabellos ya desenredados y la quinta era la responsable de ir dirigiendo la operación para que la partidura queda bien centrada y equilibrada, además de velar durante su sueño para que los cabellos no se le enredaran mucho cuando se daba vuelta en la cama y se hiciera imposible el peinado matinal.

Era habitual que las muchachas fueran desapareciendo con cierta rapidez, siendo reemplazadas por nuevas doncellas, que se presentaban cada mañana en el dormitorio de la princesa con evidente temor. Alicia pensó siempre que era porque ella era toda una princesa y para alguna gente le resultaba fácil pasar del respeto al temor, hasta que llegó un día en que el habitual tirón de un par de pelos y el consiguiente gritito de dolor le permitieron darse cuenta de qué es lo que realmente sucedía.

- ¡Aayyy! -gritó y el rey, su padre, que iba pasando casualmente por esa zona del castillo, llegó al cabo de dos segundos, medio ahogado por la carrera que había



# Cuento

dado al escuchar a su adorada hija quejándose.

- ¿Qué sucede? -preguntó, sabiendo ya la respuesta.

La doncella que le había dado sin querer el tirón a la princesa al peinarla, agachó el rostro, se arrodilló y se deshizo en disculpas y peticiones de perdón a su majestad, pero el rey chasqueó sus dedos a la guardia que ya había llegado alertada por los gritos.

- Ya sabes lo que hay que hacer. Sigue a estos hombres -ordenó, y la mujer se marchó rodeada por la guardia, hecha un mar de lágrimas mientras el rey abrazaba a la niña para consolarla y ayudarla a superar el llanto por el dolor, pero Alicita se dio cuenta que la doncella que iba dejando la habitación dejaba en su camino por el pasillo un riachuelo de lágrimas acompañado por los respectivos gritos de súplica.

- Papá, ¿qué le va a pasar que llora tanto?

Y el rey se enderezó la corona, que se le había ladeado un poco por agacharse a abrazar a la niña, y estirándose para confirmar su majestad respondió solemne.

- He dado órdenes perentorias para todo el mundo que el precio a pagar por hacerte sufrir es perder la cabeza.

Alicita Pelos Largos no podía creerlo. ¡Por eso era que las doncellas que la atendían cada mañana cambiaban tanto!

- Pero papáaaaaaaa -gritó estirando el nombre del padre, como hacía siempre que quería asegurar su atención y anunciarle al mismo tiempo que tenía un problema-, ¿cómo se te ocurrió dar esa orden?

La princesa era la única en todo el reino que podía tratar de tú a su padre. Todos los demás debían recurrir al mi rey, a su majestad, al excelentísimo señor, pero la niña no hacía siempre uso de ese derecho sino sólo cuando se trataba de algo grave, casos en lo que era ella la que hacía el papel de soberana y su padre, el rey, sabía perfectamente que en esos casos lo mejor era buscar un acuerdo que le permitiera salvar la situación con algo de dignidad.

- Mira hija, hay asuntos del gobierno que tú no alcanzas a comprender porque aún eres muy pequeña...

- No me importa. Son mis doncellas y no tienes derecho a quitármelas, y menos a andar cortándoles la cabeza -lo cortó de una sola vez, haciendo rebotar los pies contra el suelo, anunciando una rabieta histórica.

- Tenemos que encontrar una solución entonces. Tú sabes que no puedo permitir que nadie te haga llorar.



# Cuento

El grupo de damas peinadoras miraba en silencio el diálogo, pero una de ellas soltó un par de toses como pidiendo permiso para hablar. Padre e hija la miraron y ella entendió que estaban autorizándola a decir algo.

- Quizás una posibilidad sería... -empezó tímida, pero las miradas de los soberanos la apuraron-, digo, para no tener problemas con el peinado, que hasta donde sabemos es la única causa de llanto de su majestad, que tal vez su majestad, el rey claro, considere la idea de un corte de pelo.

Rey y princesa se quedaron en silencio, masticando la idea despacio, pensando las ventajas y desventajas hasta que el padre, que en realidad pensaba que era una propuesta estupenda, optó por la prudencia.

- ¿Qué te parece hija? No habría que decapitar a nadie más porque sería mucho más fácil peinarte.

- Sí, creo que es una buena idea.

Y ambos se pusieron a dar saltitos, aplaudiendo con sus manos, con lo que todos entendieron que había que ponerse a buscar al peluquero adecuado, al mejor del reino y si no había alguien suficientemente bueno, mandar mensajeros a los reinos vecinos.

Pero no fue necesario ir muy lejos porque en un rincón del mismo palacio, en un pasillo poco frecuentado por los cortesanos y dormitando en un sillón, un criado encontró a quien había sido el peluquero de la reina. El hombre pidió unos minutos para ponerse en condiciones de ser presentado ante el rey y la princesa porque, a decir verdad, el olvido en el que había caído, combinado con la posibilidad de comer y beber a costa del reino, lo tenían a bastante maltraer.

Cuando estuvo listo, fue llevado casi en andas a la presencia del padre y su hija. La princesa no lo conocía y el rey no lo reconocía, pero le dejaron hacer un diagnóstico de la situación.

Acercándose con cautela, tomó un mechón de cabello, luego otro, se dio vueltas mirando la caída de los pelos desde la coronilla a la nuca, por delante, por detrás, ambos lados. Le volvió a tomar el pelo, un poco cada vez, luego todo junto y de nuevo algunos mechones por aquí y acullá, y cada movimiento iba acompañado de extraños sonidos emitidos por su garganta, pronunciados sin mover los labios pero que iban diciendo claramente cosas como “este mechón se puede salvar” o “esto no tiene solución”, hasta que los sonidos fueron avanzando hacia lo que podrían ser frases como “esta onda es interesante”, “la calidad del pelo de arriba es claramente mejor y hay que sacarle partido” y un “lo del volumen se puede resolver con unos cortes entre medio”, hasta que soltó un gran suspiro que daba a entender que ya tenía claro lo que había que hacer.





# Cuento

La ansiedad del rey por resolver este asunto era tal que el peluquero pudo poner como condición que se esperara una semana después de su intervención antes de que su soberano decidiera si le cortaría o no la cabeza. Y a la princesa le dijo: Querida, ha vivido toda su vida con el pelo largo y por eso se va a sentir extraña al comienzo, como si la princesa que aparecerá en el espejo no fuera usted misma, pero créame que al cabo de un par de días va a estar encantada.

Como estaban ya lanzados en el proyecto del corte de pelo, ambos dieron su asentimiento, aunque no demasiado convencidos. El peluquero invitó entonces a Alicita Pelos Largos a sentarse frente a un gran espejo de cuerpo entero, y provisto de un peine y sus tijeras, sacó la lengua para humedecer sus labios y comenzó a silbar una antigua melodía que había aprendido de los juglares, mientras se daba a la tarea de remodelar el peinado de su majestad.

Una vez que concluyó, dejó caer sus brazos a los costados, mientras tijera y peine rebotaban en el suelo. Dio un gran suspiro y le preguntó a la niña qué le parecía su trabajo.

La princesa se puso en pie, movió el cuello sintiendo su cabeza notablemente más liviana; se acercó al espejo y desplazó su cara de un lado al otro, muy seria, y el peluquero sentía cada vez más flojas sus piernas, hasta que al fin sonrió y el hombre respiró aliviado.

Y junto con él respiraron aliviadas las doncellas encargadas del peinado de la princesa, y tras ellas la larga lista de jóvenes ya designadas para ir reemplazándolas, y con ellas todos los nobles que formaban parte de la corte que tendrían la seguridad de no perder a una hija por cada llanto de la hija del rey.

Pero desde entonces no hubo más llantos por algunos años, hasta que la princesa llegó a la adolescencia pero cuando ocurrió ello no había nadie a quien culpar.



# Cuento

## Hay un hombre en la playa

Hay un hombre en la playa, tirado, medio muerto. Una niña que pasa buscando piedras de colores lo ve, pero no se atreve a acercarse y prefiere correr a la aldea de pescadores que hay cerca y grita “hay un hombre en la plaza”.

El primer pescador que la oye corre a su vez donde están sus compañeros, y les dice “hay un hombre con plata”. Se sorprenden, se miran unos a otros y salen corriendo a ver qué ocurre.

La esposa de uno de ellos lo detiene y le pregunta qué pasa. Él responde: “Hay un hombre con plaga”. Ella se persigna y sale en dirección contraria a buscar al cura. Lo encuentra en el confesionario con la señora Elena que, al parecer, siempre tiene muchos pecados que contar porque va día por medio a confesarse. Lo interrumpe y le dice: “Padre, perdóneme, pero hay un hombre con placa”.

-¿Y qué tiene eso? -contesta doña Elena, sin que nadie le haya dicho nada.- Yo también tengo placa.

-Sí, señora, no lo dudo, pero en este caso fueron todos los hombres a ver.

El cura partió siguiendo a la mujer, que ya había salido corriendo a la calle, y cuando salió lo detuvo don Tito, el panadero, que le preguntó qué pasaba.

- Parece que hay un hombre con plantas, y la verdad es que no entiendo por qué esta todo el mundo tan alborotado, así que voy a ver que ocurre.

Siguió persiguiendo a la mujer, que ya se estaba encaramando al camino que sube por el acantilado, en dirección a la carretera, y ambos pronto se dieron cuenta que por ahí no ocurría nada. Se dieron vuelta y alcanzaron a divisar que en la plaza había un gentío y escucharon la sirena de una ambulancia que iba bajando despacio por la carretera porque su conductor nunca había tenido que ir hasta la caleta.

En la plaza, mientras tanto, una docena de los pescadores que había acudido al llamado de la niña, se daban cuenta a su vez que ahí no ocurría nada, pero la ambulancia los guió porque sí se dirigía a la playa.

Cuando, finalmente, todo el mundo se reunió en torno a la ambulancia y descubrieron que todo se trataba del rescate de un ahogado, alguien le preguntó





# Cuento

al enfermero quién les había avisado, y éste respondió que los había llamado desde el teléfono público el Fermín, el ermitaño que vivía en una cueva cerca de la arena y con el que nunca nadie hablaba.

## Olor a limón

No importa el lugar, sino el momento. No pretendo ser Laura Esquivel ni hacer pasar agua por chocolate. Esto se trata de limón, ese brebaje mágico que perfuma de modo inolvidable y borra cualquier otro sabor y de una ilusión que venía guardando desde hace tiempo, quizás desde el momento mismo en que uní en mi imaginación el suave ardor de su zumo en unos labios partidos y, por supuesto, el deseo de partir los bordes de tu propia boca.



Ese jugo contenido en un envase tan duro que no parece fruta y que se marchita sin intermedios en la putrefacción, pero que también tiene el mágico poder de hacer arder las heridas abiertas y brillantar los ojos que aspiran a encender la llama de la pasión. Esa magia de humedad que puede surgir desde los climas más secos, a condición de que alguien le proporcione el agua necesaria para su maduración.

La receta, entonces, tenía que ser con el limón como ingrediente principal, pero no es el único, y aunque en el mesón de la cocina ya están dispuestas las medidas correspondientes de harina, azúcar, mantequilla, huevos, leche normal y condensada, es el aroma del limón el que lo inunda nada, mezclándose con tus propios perfumes y mis olores de cocinero que no sólo quiere sorprenderte con sus habilidades en la cocina sino concluir la velada con un largo baile nupcial.

Después de lavarme bien las manos, junto en un bol un octavo de mantequilla -que he tenido la prudencia de dejar desde temprano fuera del refrigerador para que se ablande-, 50 gramos de azúcar flor y tras batirlas bien para que se unan, agrego una taza y media de harina con polvos de hornear dos yemas de huevo y apenas 3 cucharadas de leche. Me miras con cara de desconfianza y lo entiendo, de modo que agrego en mi rostro una expresión de seguridad para tranquilizarte y, conscientemente de que estarás mirando mis manos, tengo especial cuidado en mezclar sin echar nada fuera del recipiente. Una vez lista la masa, la guardo en el refrigerador y te guiño un ojo, exagerando el gesto, haciendo un chiste de esta situación en que te he invitado a dejarte seducir por el estómago.

Luego, como si fuera un experto cocinero, abro la llave del agua con la muñeca para no ensuciar nada y sacar los restos de la mezcla escondidos entre los dedos, me seco bien con un paño limpio y bebo un pequeñísimo sorbo del jugo ya exprimido del limón para comprobar que no está amargo.



# Cuento

¿Quieres probar?, te pregunto y sin dejarte responder deslizo por tus labios el sorbo que impregnará el resto del día. Ya tendremos tiempo, te explico con un susurro, y sigo con lo que falta.

Prendo el horno, sabiendo que me miras cuando me agacho, del mismo modo que yo te veo cuando te inclinas a recoger algo. No nos engañemos -pienso-, pero dejémonos hacer.

Tomo otro bol, vierto un tarro de leche condensada entero, las dos cucharadas de ralladura de limón originales de la receta que preferí aumentar al doble, el resto de la taza de jugo de limón y dos yemas más. Revuelvo todo con una cuchara de palo a medida que voy agregando los distintos ingredientes, mientras te cuento que se recomienda usar una cuchara de palo cuando se cocina con cítricos y te narro la historia de cuántas veces he tenido que volver a comprar cucharas de palo porque distintas circunstancias -que ya conoces- me han significado la pérdida de la anterior.

Guardo la mezcla en el refrigerador y saco la que se estaba enfriando, con la masa dentro. Te pido con un beso que te hagas a un lado y saco de una repisa el molde que usaremos. Con un poco de mantequilla cubro bien el fondo y los costados, tratando de llegar a todos los rincones. Hecho esto, vierto la masa y con los dedos apenas cubiertos de harina voy estirándola hasta que no se ve el metal del molde.

Meto la masa en el horno por unos diez minutos, mientras me pongo a batir las cuatro claras que quedaron. Sigues mirándome extrañada, aunque ya entiendo que puedo crear en ti una sensación de felicidad, que sumada a otras que ya conoces, las que sospechas y las que te irán sorprendiendo, te van dando la impresión cierta de que esto es nuevo, de que aunque pueda parecerse a otra cosa que hayas vivido antes, esto es esencialmente nuevo, distinto, desconcertante tal vez, pero necesario de todos modos.

Mientras bato las claras, te acercas y me deslizas los dedos por la espalda. ¿Sabes que no puedo perder el ritmo en el batido?, pregunto, y tú sabes que es así, pero no respondes sino que te limitas a sonreír. Deja que tus manos trabajen, me dices; no te desconcentres ¿o no puedes?, me desafías. Se va a quemar la masa, advierto; y te decides a dar un paso atrás. Debería admitir que tenerte ahí, a un metro y medio, me distrae más que tener tus manos rozándome, pero jamás lo reconoceré.

Termino de batir las claras y las mezclo con otras cuatro cucharadas de azúcar normal, formando la pasta que irá encima. Saco la masa del horno sintiendo una oleada de calor que nos refresca. Pongo encima, bien extendido el relleno que se enfriaba en el refrigerador, lo cubro con el betún y vuelvo a poner todo al



# Opinión

horno hasta que por la ventana veo que los montoncitos hechos con las claras comienzan a cambiar de color.

Está listo, digo, y tú finalmente te decides a abrazarme y a decirme con un beso que quieres probar el pie de limón sólo porque lo hice yo. Pero hay que dejarlo enfriar, te digo, y tú respondes que ya sabes qué podemos hacer mientras esperamos.

## Santiago no es Chile



Ha llamado la atención la sucesión de actos de protesta en distintos puntos del territorio nacional, desde Punta Arenas hace un año a las presentes movilizaciones en Aysén, Arica y próximamente Calama, como si fueran expresiones sin una mayor lógica si se las analiza desde Santiago.

Chile ha venido viviendo desde comienzos del siglo pasado un fuerte proceso de migración desde el campo a las ciudades, lo que en cierta forma ha alimentado la creencia de que en las grandes urbes están las mayores posibilidades de progreso, pero eso ha significado un abandono del resto del territorio nacional. Como consecuencia de eso, las Fuerzas Armadas -en especial el Ejército- elaboraron desde mediados del siglo XX la doctrina de las fronteras interiores, que apuntaba a reconocer aquellas áreas que, por diversas razones, podían convertirse en zonas conflictivas, tanto entre chilenos como ante eventuales aspiraciones territoriales de las naciones fronterizas.

La principal causa de la consolidación de esas fronteras interiores es la baja densidad habitacional, sumada a una escasez de desarrollo económico, y a partir de eso la dictadura implementó a finales de los 70's el proceso de regionalización y descentralización administrativa, como continuación de proyectos anteriores, sin que este plan se haya desarrollado por completo.

La paralización de este propósito se origina tanto en la capacidad de los polos urbanos para absorber nuevos inmigrantes como por una decisión política de mantener concentrado el poder en las ciudades y especialmente Santiago y que ha sido replicada por el sector privado.

Paralelamente, desde las regiones ha habido una creciente preocupación por luchar contra el centralismo, que ha considerado el impulsar la elección directa de los consejeros regionales (actualmente en discusión en el Congreso) y de los intendentes hasta la conversión de la república unitaria que es actualmente Chile en una república federal, como Estados Unidos, Brasil o México, entre otras naciones.

Con el 80 % de la población concentrada en seis de las quince regiones del país,



# Opinión

es evidente que hay problemas de equilibrio en el desarrollo nacional y no se deberían requerir las protestas en las regiones que se consideran más postergadas para que la reparación de este desbalance fuera de una de las prioridades de cualquier gobierno.

En lugar de eso, los representantes de la gente al Parlamento, por ejemplo, se siguen decidiendo en Santiago; las inversiones públicas y privadas también se resuelven en la capital y los intendentes responden a la confianza del Presidente de la República... en Santiago.

Paralelamente, la capital sufre de una hipertrofia que afecta seriamente la calidad de vida de sus habitantes. A la contaminación y la congestión se unen diversos factores que contribuyen al stress y a las enfermedades.

Lo lógico entonces sería promover una regionalización auténtica y democrática y el crecimiento homogéneo del conjunto del territorio nacional.



## Quiero ser Presidente: La reforma que falta

Muy bien por la inscripción automática y el voto voluntario. Eso obligará a los candidatos tanto a captar las preferencias del electorado como a motivarlos a concurrir efectivamente a marcar su voto.

Bien porque se esté discutiendo la posibilidad de reformar el sistema binominal, aunque hasta ahora no hay nada concreto y da la impresión de que el tema esté siendo utilizado para que los partidos hagan un ejercicio de fuerza entre ellos.

Faltan sin embargo, otras reformas para mejorar la calidad de nuestra democracia y, dentro de ellas, una que posibilite la real participación de la ciudadanía.

En teoría, para ser candidato presidencial basta con tener 35 años de edad y cumplir con los requisitos mínimos para ser ciudadano, esto es básicamente no estar condenado por la justicia por un delito con pena aflictiva. Hay una letra chica, que dice que los candidatos que no tengan el respaldo de un partido político constituido, deben reunir un porcentaje determinado de firmas para poder inscribir su postulación. En la elección presidencial pasada, ese porcentaje correspondía a 36 mil firmas. Evidentemente, en parlamentarias y municipales la cifra es menor.

Este requisito tiene como propósito evitar que cualquiera pueda competir, cuestión que es, en sí, una discriminación absurda. Si todos pueden votar, todos deberían poder ser votados. ¿Quién dice que el ciudadano común y corriente, letrado y mayor de edad, no tiene el derecho a ser candidato presidencial? Otra cosa es que sea electo, pero su presencia en el voto y los foros obligará a los demás a



# Opinión



actuar con mayor empatía por los votantes. Adicionalmente, se podría ofrecer a los sufragantes un abanico más amplio de alternativas.

La exigencia de firmas presenta una exigencia adicional porque hay que pagar lo que cobren los notarios por legalizar las firmas e incurrir en los gastos necesarios para comprobar que no más del 5 por ciento de las adhesiones corresponda a militantes de partidos políticos, es decir varios millones de pesos.

Al margen de que los ciudadanos puedan ser candidatos presidenciales, o al Parlamento o a los municipios, resulta evidente que cualquier postulación recibe una atención especial de los medios de comunicación, así como que nuevas personas traen, por lo general, nuevas ideas y eso son argumentos que deberían recoger los que dicen aspirar al permanente perfeccionamiento de la democracia. Si se trata de equiparar los derechos, es obligación de las instituciones equiparar también el acceso a su ejercicio y asegurar las oportunidades correspondientes.

Por último, para eso se creó el mecanismo de la segunda vuelta, ¿no?

## La política en el mercado

A quienes ven con optimismo la decisión de establecer la inscripción automática de los electores y la votación voluntaria, como si fuera una solución a los problemas de participación en el país, hay que recordarles que la efectividad de este cambio -que es, sin duda, positivo desde la teoría- depende en gran medida de cómo actúen los distintos actores del proceso político: Básicamente, los candidatos y los votantes.

Puestas así las cosas, resulta que la teoría del mercado es la más apropiada para analizar lo que pueda suceder, asumiendo desde un comienzo que el acto de concurrir efectivamente a sufragar forma parte del grupo de los bienes suntuarios, esto es que nadie lo necesita para su supervivencia ni estima tampoco que pueda mejorar sus condiciones de vida y, lo que es peor, sabe ahora que no sufrirá ninguna sanción si ese día se queda en su casa durmiendo hasta tarde o preparando un almuerzo familiar, que siempre son actividades más gratas que ir a votar, formando fila bajo el calor.

Habiendo aceptado eso, tenemos entonces que los candidatos constituyen la oferta de la transacción propuesta. Son ellos los que piden que los elijan, que los prefieran, que los “consuman”, en lenguaje mercantil. Los electores, que para este caso, serían los consumidores, se están tranquilos esperando que los convenzan de elegir entre una y otra alternativa, pero primero que les persuadan de que es bueno ir a votar.



# Opinión

Mientras ello no ocurra, los consumidores no presentarán ninguna demanda. Por lo tanto, es la oferta la que tiene que ir a buscar a la demanda para que se produzca la transacción. Si nadie va a votar, la oferta queda condenada a la bodega de los saldos, y aunque a nadie -nuevamente desde un punto de vista teórico- le interesa que ocurra eso lo lógico sería esperar que hubiera cierto grado de compromiso de todas las partes para que se produzca la participación. Pero no es así.

Con un público consumidor que tiene una mala opinión de los oferentes, que cree que no necesita los productos que se le ofrecen, resultará improbable que concurren a votar con entusiasmo a partir de su exclusiva responsabilidad. La carga recae entonces en los candidatos. Son ellos los que tendrán que despertar el entusiasmo de los votantes, los que tienen que convencerlos de que la democracia es necesaria para el país y que su participación es esencial para la mantención de la misma.

Resulta llamativo que un país completo sea sometido a un cambio tan riesgoso en apariencia. Lo que ocurre es que esta alteración de las reglas es un reconocimiento de que el sistema político no está funcionando y que la única manera de salir a flote es obligar a los políticos a competir de verdad por la adhesión ciudadana.



## Frankenstein en el Liceo

Para el oficinista o el empleado público que va caminando por la calle, pensando qué consecuencias tendrá para su ajustadísimo presupuesto los problemas por los que pasa La Polar y la inflación real, el encontrarse con una marcha de estudiantes secundarios o universitarios puede constituir un verdadero shock frente al cual puede reaccionar con simpatía o franco malestar.

Inevitablemente tendrá que escuchar las consignas estudiantiles, demandando una educación de calidad, y es posible que llegue a pensar que si él mismo hubiera tenido mejores oportunidades en la vida no estaría ahora sufriendo una úlcera por pensar la forma de llegar a fin de mes. La verdad es que no le importa mucho que el Ministro de Educación diga que son una minoría o que los jóvenes están infiltrados por los comunistas. Lo que ve es que son muchos y, sin darse cuenta, tiene que decidir en su inconsciente si se siente reflejado por los muchachos o si, por el contrario, los percibe como a unos monstruos, como a un Frankenstein al que hay que acorrallar hasta eliminarlo encendiéndole fuego, pero inevitablemente tomará una opción de acuerdo a sus propias expectativas.

Es por esa razón que cuando se deja hablar a los apoderados, la mayor parte de las veces apoyan a sus hijos porque entienden que, de lo que se trata, es que ellos puedan tener mejores oportunidades de progreso personal que el que han tenido sus padres. Quienes no lo ven de esa forma, es probable que piensen que están





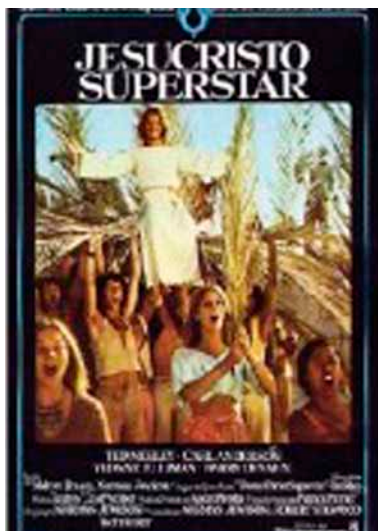
# Opinión

ocasionando un desorden que, en definitiva, perjudicará más a los estudiantes que al resto de la sociedad, además de sentirse violentados en su tranquilidad por los inconvenientes creados por las manifestaciones.

Ante la tentación de desechar las protestas estudiantiles como un simple divertimento juvenil y asumir la posición de lucha generacional, hay que insistir que este no es un movimiento en contra de los adultos sino contra el legado que los adultos hemos ido dejándoles a los jóvenes, junto con las habituales declaraciones rimbombantes sobre la relevancia de la educación en nuestra sociedad.

Los liceanos y universitarios no quieren la censura de sus mayores, sino su cooperación y lo único que deben entender los adultos es que tienen una responsabilidad con los estudiantes -aunque no sean sus hijos- porque es a través de ellos que se construirá un país mejor.

Si de verdad creemos que los jóvenes son el futuro, que la educación es el motor del desarrollo, que tenemos un deber ético legando a las nuevas generaciones una posibilidad real de progreso, tenemos que apoyar las demandas estudiantiles, sugerir ideas, acompañarlos, indicar alguna corrección necesaria, pero no perseguirlos como a Frankenstein con antorchas en la mano y pidiendo la destrucción de aquello que nos molesta simplemente porque no lo comprendemos.



## Don Jechu

Una de las cosas buenas de Semana Santa, junto con la momentánea revalorización de nuestras riquezas gastronómicas del mar, es la posibilidad de ver en televisión algunas verdaderas joyas del cine que, por estar enfocadas en la figura de Jesús, suelen considerarse poco adecuadas para la programación en el resto del año y dentro de esas películas, como buen rockero, disfruto especialmente la repetición de Jesucristo Superestrella, compuesta por Andrew Lloyd Weber y Tim Rice.

La película data de 1973 y el musical en el que se basó data de un par de años antes. Curiosamente, siendo una obra polémica y encontrarnos en plena dictadura militar no hubo problemas para su exhibición y duró en cartelera un par de años, lo que habla del impacto que causó en nuestra sociedad.

Sin embargo Jesucristo Superestrella no sólo tuvo un valor artístico en sí, como cine y como música, sino que además tuvo relevancia desde un punto de vista sociológico porque galvanizó los cambios que se estaban viviendo en la Iglesia Católica por esos años. Compuesta a menos de una década después del Concilio Vaticano II (1962-1965), cumplió plenamente con el propósito del encuentro convocado por el Papa Juan XXIII de hacer que entrara "aire fresco" a la Iglesia Católica, y no sólo incorporó una bocanada de aire fresco sino que le agregó rock, algo de post modernismo y otro tanto del pensamiento hippie, con toda su



# Opinión

irreverencia y cuestionamiento de las instituciones ancestrales.

Desde esa época y poco antes, y como consecuencia de distintas influencias, se agregó el guitareo a la misa, se permitió a los fieles incorporar sus propias canciones y se desacralizó al sacerdote. Entre los jóvenes se aceptaba decir “Don Jechu” en vez de “Nuestro Señor Jesucristo” y se comenzaron a masificar nuevas preocupaciones.

A pesar de lo auspicioso de ese nuevo escenario en el que la iglesia volvía a ser atractiva, la marcha de los cambios se contuvo. A los motivos políticos por todos conocidos se agregaron la obligación de la Iglesia, a falta de otros actores, de defender los derechos humanos, mientras comenzaba a imponerse un sistema económico liberal y político restringido en toda Latinoamérica, y cuando terminó faltaron más Jesucristos Superestrellas y sobraron formalidades y ritos cada vez más crecientes de significado.

Las ventanas que se habían abierto para que entrara el aire fresco se volvieron a cerrar y comenzó a concentrarse un nuevo olor que ahora estamos sabiendo a qué correspondía. En estos días se conmemora la inmolación de Jesús, el original, y la preocupación es conseguir un buen pescado y los huevos de chocolate necesarios para que los niños amanezcan el próximo lunes con dolor de estómago. Es increíble cómo la sociedad cambia en una dirección y luego en la otra en pocos años.



## Andrés Rojo Torrealba

Andrés Rojo Torrealba, periodista y escritor fantasma. Titulado en la UC, estuvo cerca de quince años en el Congreso como asesor hasta su divorcio de la política partidista. A pesar de ser santiaguino, ha optado por vivir en regiones. Mantiene una columna semanal que se reproduce a través de <http://andresrojotorrealba.blogspot.com> y que se replica en diversos medios electrónicos, mientras que en Facebook publica cuentos y refranes con la misma periodicidad.

Textos: © Andrés Rojo

Fotografías:

Páginas 4, 6, 10, 13, 14, 15 © Mariluz Soto

Edición digital: © Fundación de la Comunicología



La Fundación de la Comunicología se funda en el año 2003. Trabaja por el desarrollo de conocimiento, métodos de intervención, programas de aprendizaje y aplicaciones de la comunicación que potencien una convivencia más armónica y eficiente de personas, comunidades y organizaciones para alcanzar sus objetivos y propósitos.